

# SALVADOR BURGHI

(1874 - 1950)

Dr. Héctor Brazeiro Díez

A fines de la década del 1860 llegaron a Mercedes, para quedarse, el garibaldino Francisco Burghi y doña Antonia Fregossi. Venían de la Liguria. Tuvo don Francisco oportunidad de radicarse en Montevideo, como lo hizo su hermano, que pobló en el Cerro, donde aun brillan sus descendientes, poetas y médicos cordiales y simpáticos.

Don Francisco era artesano y prosperó en su taller de muebles. Allí pronto aparecieron los "bambinos", tropezando con las virutas, las planchas y los coleros.

Llegó Francisco, el mayor; lo siguió Rosa -más tarde señora de Madrid- hasta que el 10 de julio de 1874 apareció Salvador Eduardo.

Lo siguió Ricardo. Y continuaron viniendo hermanitos: Carlos, en seguida Angela, y por último José Luis, el menor. El destino marcado era el de ebanistas, oficio paterno. Se fabricaban muebles para Mercedes y pueblos cercanos. La vida era ordenada; la autoridad, severa. Era la época de los gobiernos militares.

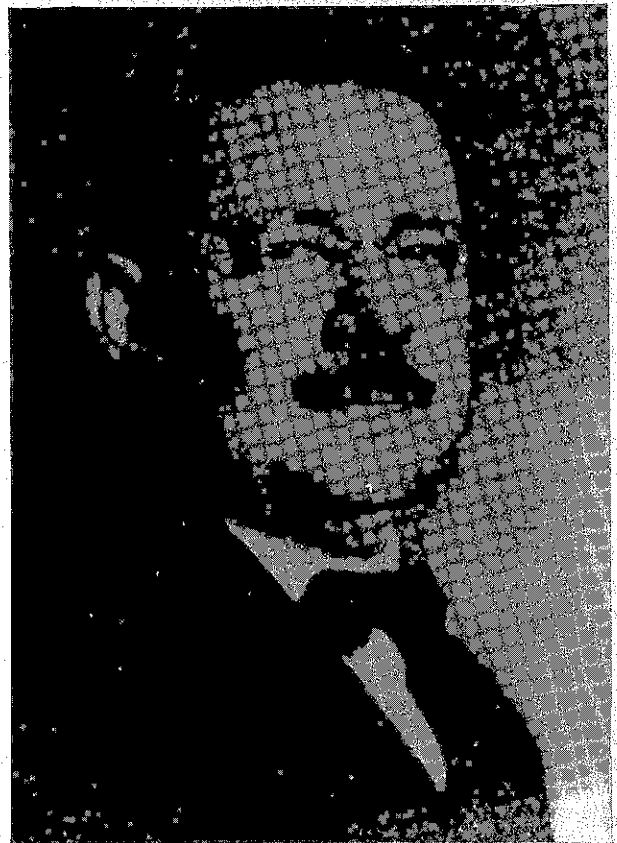
Tenía 9 años Salvador cuando la epidemia de viruela en el 84, en Mercedes. Impresionó al niño aquel ambiente de angustia; el transporte de los muertos, cara al cielo, de a dos, en parihuela, hasta el cementerio, a la luz rojiza de las fogatas que ardían en las esquinas. Tarea en la que participaba su padre junto a otros paisanos -los May, los Detomassi, los Apecech, etc.- mientras algunos vecinos blanqueaban de apuro las casas y quemaban la ropa de los apestados. El Jefe Político era el Coronel Galarza, que dirigía la maniobra de a caballo, como si fuera una operación militar.

Fue el momento decisivo, cuando el italianito decidió hacerse médico porque así sería un auténtico defensor de la salud y de la vida. No lo llevó a esta decisión ni el orgullo ni la ostentación. Sus ideales fueron siempre generosos.

## II

En esos tiempos la enseñanza en Mercedes, como en todo el Interior, la hacían maestras particulares, aficionadas, que montaban su escuelita en la sala de la casa. Algunas contaban con conocimientos adquiridos en el hogar o en colegios bonaerenses. Así era la escuela de Misia Carmen Badaró.

Otros, mejor preparados, ya traían sus títulos de España, como don José María Campos, que fundó



*Prof. Dr. Salvador Burghi*

hace 100 años su Instituto Uruguayo. La escuela pública valeriana era un sueño para los Amigos de la Educación Popular, que contaba con un impulsor en Mercedes, el médico español José Serafín Rivas.

Alternando, pues, el oficio de ebanista con sus estudios, y rodeado por la simpatía de los vecinos, pudo al fin Salvador embarcarse para Buenos Aires. Era un muchacho serio, como se decía en aquellos tiempos.

Resultaba relativamente fácil trasladarse allá, más que a Montevideo, porque el pasaje para el vaporcito se sacaba a las 21 horas en el puerto de Mercedes y combinaba en la boca de Yaguari con el otro vapor que bajaba de Salto y Concordia, a la media noche a lo más; y a favor de la corriente se desembarcaba en Buenos Aires.

Fueron éstos de Buenos Aires años de pobreza y de obligada bohemia, pero formó amistades inolvidables, para toda la vida, con los futuros doctores César Gutiérrez, salteño, que llegó a diplomático; con Devoto, también salteño y con Ubaldo Ramón Guerra, que nos representó ante la Corte de Saboya. En este ambiente estudiantil fue cuando se hizo socialista, porque era generoso y tenía veinte años.

Además don Francisco no podía ayudarlo por su numerosa familia. La mueblería había decaído; con la llegada del ferrocarril, en 1901, la gente, por noveleería, se surtía en la Capital. Por eso Salvador ingresó como ebanista en un taller de La Boca, de otros italianos paisanos de su padre.

Pero poco estuvo de artesano, pues logró ingresar en la Marina, asimilado a Cabo de Cañón, destino del que siempre se enorgullecía. Debía mensualmente ir a firmar a la Comandancia, mientras trabajaba en la Farmacia del Hospital de Marina. Su inteligencia rápida y atenta sacó ventaja de este cargo secundario con conocimientos de farmacia que le sirvieron luego durante su carrera, en una época cuando eran pocos los específicos y el médico debía proponer los componentes de su receta, armonizarlos y prescribirlos dentro de un arte que se ha perdido.

Ya en carrera, poseedor de conocimientos clínicos, ingresó al Hospital San Roque en 1897. En ese año se ofreció al flamante Hospital de Mercedes, pero quedó en nada la oferta.

Su poder de observación, la oportuna dirección de sus profesores y la constante práctica clínica dieron para su Tesis de Graduación: "Algunos reflejos de las colitis crónicas", apadrinado por el Prof. Roberto Wernicke y dedicada a sus padres, por amor filial que lo honra, y también a sus hermanos. Corría el año 1902.

### III

Fue grande su vinculación con los médicos argentinos; discípulo y amigo del Prof. Enrique Zárate, maestro de la ginecología argentina; del Dr. Julián Aguilar, de Mariano Masson y especialmente del Dr. Julio Méndez, inventor de la famosa Vacuna Méndez, útil en las pulmonías, lo que le dio prestigio en aquella época tan distante de los antibióticos. La tal Vacuna, que ahora sabemos que no sirve para nada, tenía un resorte en su aplicación: debía ser oportunamente inyectada, justamente cuando ya la neumonía curaba sola.

Con su Tesis revalidó en Montevideo y empezó a ejercer en Mercedes, desde donde viajaba todos los 8 de julio a Buenos Aires; allí participaba en las Fiestas Julias. Visitaba los servicios clínicos, interiorizándose de los adelantos, y terminaba naturalmente con una cena en La Boca. Fue siempre hombre de buena mesa y conocedor de los mejores vinos.

Su hermano Ricardo siguió sus pasos por el camino ya trillado; viajó allá para recibirse después de ejercer como Practicante en la Escuela de Sanidad y en el Hospital Militar Argentino. Presentó tesis sobre un tema original: "Aracnoidismo". Está en nuestra Facultad; es de 1909.

Puso Salvador consultorio en su residencia de la calle San José (hoy Roosevelt), frente al Liceo, en una de las casas gemelas que aún están. Allí casó con Julieta Hounie, hija de franceses, cuyos hermanos participaron en la guerra del 14. Uno de ellos murió allá.

Doña Julieta aportó al matrimonio su distinción, su elegancia, su buen gusto y una extraordinaria dignidad de esposa: "... yo he sido feliz con mi esposo y lo seguiré siendo...", afirmó cuando una exigencia impertinente a raíz de un torpe capricho de su esposo. También aportó un corto campito de 200 hectáreas en Palmitas.

Su actuación en Mercedes fue intensa. Ambiente de pueblo con infierno grande. Le tocó ir a Dolores para desempeñarse como forense cuando el mentado caso de los tres Ricardos, uno de los cuales era precisamente su hermano. Y le iba bien. Se decía en el pueblo que cada cuatro años el Dr. Ferrería compraba una estancia y el Dr. Burghi viajaba a Europa.

Poseyó carruaje, como era costumbre en aquellos tiempos. En él, de gran galera, visitaba a sus enfermos acompañado de su esposa.

La guerra del 14 lo sorprendió en Europa. Actuó como médico en un Hospital de Coloniales, del sur de Francia. Concurrió en París a la Clínica de Houtinel,

que lo distinguió con su amistad. Estaba de vuelta en Mercedes cuando el armisticio del 18.

En 1922 decidió volver especialmente para estudiar, imitando a la corriente médica argentina, que se nutría allá. Fue a Estrasburgo, a la Clínica del Prof. Rohmer. Estuvo allí año y medio. Dejó su consultorio y clientela en Mercedes a otro médico distinguido, el Dr. Héctor Seuáñez Olivera, que después vino diputado a Montevideo.

De regreso en nuestra capital, se instaló en un 3er. piso de 18 de Julio y Minas. Carecía de clientela. Además, en el ambiente médico dominaban las ideas de tendencia francesa sostenidas por Morquio. Dudó en irse a Buenos Aires, pero doña Julieta quiso quedarse de este lado, donde tenía sus raíces, sus hermanos y sus muertos.

Se preparó entonces para concursar la Cátedra Libre de Pediatría en el Hospital Dr. Pedro Visca, recién organizado y tan parecido al Hospital de Niños de Buenos Aires.

Se anotó e inició su preparación. Fueron meses de intenso trabajo de hospital y de estudio; de angustias donde participaba toda la familia, porque este médico de 50 años debía estudiar y rendir frente a gente joven formada en el ambiente. Competiría con el Dr. Víctor Zerbino.

El concurso, reñidísimo, empezó el 1o. de octubre de 1924, con un Tribunal formado por los profesores Scoseria, Carrau y Bordoni Posse.

Se propusieron tres temas al sorteo: anemias, malformaciones del lactante y clasificación de los trastornos digestivos. Sorteados, salió anemias.

La 2a. prueba fue con un lactante retirado, al azar, de las policlínicas. La 3a. consistía en una disertación clínica ante el Tribunal y los estudiantes sobre: Dilatación idiopática cardíaca y diátesis en el lactante.

Finalmente, cada uno presentó su Tesis. Salvador defendió la suya sobre "Sífilis congénita"; el Dr. Zerbino defendió "Asma en el niño".

El resultado fue salomónico: hubo empate. Ambos compartirían la Clínica, alternándose en las clases. Burghi expuso en el Salón donde aún lo recuerda una placa.

#### IV

Así las cosas, una mañana los llama el Prof. Morquio desde el Pereira-Rosell; a él y a Zerbino. Los recibió de pie junto a su escritorio y les espetó: "Uste-

des son profesores porque yo estaba en Europa; si no, no lo serían. Porque Profesor de Niños hay uno solo y ese soy yo. Conmigo alcanza".

La situación no era acogedora, por lo visto. Se planteó una discreta rivalidad que no resultó tal, porque ambos se complementaban. Burghi se esmeraba en los lactantes, con su idea del destete precoz; Morquio, y toda la pediatría, en los mayorcitos. Además, Morquio monopolizaba la clientela.

El Servicio que se confió a Burghi en el Visca pronto tomó el aspecto de la Clínica de Rohmer en Estrasburgo; desde su planta física, distribución del personal técnico y de enfermería, todo presidido por la suave y tibia autoridad de Salvador, a quien nadie vio colérico ni enfermo; tampoco careció de su eterno cigarrillo.

En sus lecciones, rodeado por los estudiantes y los médicos, destacaba lo concreto y práctico, mechado con ocurrencias de médico rural, porque nunca dejó de serlo. Su espíritu humorístico y jocundo no le permitía quedar callado; sacaba chistes de cualquier situación. Su presencia bonachona lograba sonrisas en el ambiente a veces encapotado de los padres y parientes. Los niños lo llamaban "Doto Bugui". Su clientela creció y ahora era enorme.

Hizo doctrina práctica sobre la importancia de la infección del oído en los trastornos generales del lactante y su tratamiento radical con la punción del tímpano; concepto hoy indiscutido y conocido por todos los estudiantes y médicos.

Su Curso Libre de Pediatría, tres veces por semana, era paralelo al de Morquio; pero ambos tenían razón.

La Sociedad de Pediatría lo recibió como Bibliotecario; pronto fue Protesorero y la presidió en 1937.

De estos tiempos es su producción científica: sus Apuntes de Pediatría, en tres tomos, tan recorridos por estudiantes y médicos; La enfermedad de Barlow; La sífilis congénita; El alimento como medicamento.

#### V

Su bondad y sencillez lo metían en todos los ambientes.

Su cordialidad lo llevaba a invitar en su casa, los jueves, a sus discípulos. Almuerzos inolvidables en calidad y ambiente, con la mesa presidida por doña Julieta, siempre gran señora, que colaboraba con su esposo desde la Presidencia de la Asociación Uruguaya de Protección de la Infancia.



*La familia Burghi*

Rodeaban esta mesa de los jueves los Dres. Peluffo, Ramón Guerra, Pelfort, Bazzano, Aleppo, Pizzolanti, Gorlero y el malogrado Vasconcellos. Los jueves era el día importante en aquella casa, cuando valían sólo la Cocina y la Cocinera.

Intentó descansar en Punta del Este, en un chalet de estilo vasco, en las calles 19 y 24. Pero ese verano fue tanta la solicitud de su clientela, al saber que estaba allí, que no volvió más en verano. Iba en otoño y primavera para salir de pesca en chalana con sus amigos Daher, Ubaldo Ramón Guerra, Devoto, etc.

En Mercedes había tenido coche descubierto, de cuatro plazas, con su yunta de tordillos, que en su momento le dieron un dolor de cabeza cuando su hermano menor se los robó para irse con Basilio Muñoz.

En sus desplazamientos por la ciudad de Montevideo -importantísimo en un médico de niños- usó automóvil, al principio con chofer. Luego prescindió de éste, para volver a ocuparlo cuando el tránsito lo fatigaba.

De a poco lo fue absorbiendo su clientela, y cada vez más fugazmente llegaba al Visca para dictar su clase.

Era un clínico completo, tanto en el manejo de su enfermo -que auscultaba poniéndose el lactante al hombro, según lo hacían los pediatras franceses, des-

preciando la elegancia del estetoscopio- como iba a la pantalla de Rayos X o acudía personalmente al laboratorio para un análisis decisivo. También sabía mezclar las drogas en el mortero para los compuestos de aquellos tiempos de pocos específicos y caros.

Pero si mucho enseñó, también quedaron de él sus cuentos y ocurrencias recogidos en los almuerzos, en las alternativas de la asistencia y en las clases del hospital.

Se retiró en 1945 para dejar ascender a sus discípulos. Abandonó el Hospital pero siguió montando guardia desde su consultorio en Bvar. Artigas 1034, rodeado de su numerosa y minúscula clientela.

## VI

Su salud se resintió por la esclerosis; rodeado por su familia y discípulos falleció el 11 de agosto de 1950.

Una placa de bronce y su retrato lo recuerdan en el anfiteatro de clases del Pedro Visca, en donde tantos aprendimos y disfrutamos de sus ocurrencias.

Su labor vastísima dejó conceptos aún vigentes. Fue un auténtico hijo de inmigrantes. Gustó del Arte y careció de esa vanidad de quienes compensan con estiramiento orgulloso su calidad discutible.

Alhajó su casa con obras de arte que traía en cada uno de sus viajes y era asiduo a las plateas cuando las compañías teatrales líricas italianas nos visitaban.

En los últimos años, ya retirado de la docencia, acudía al cine del brazo de su esposa. Sólo una vez lograron sus discípulos Ramón Guerra y Pelfort llevarlo al fútbol, cuando el campeonato de 1930; pero allí se distraía mirando para otro lado, como hacen los niños o una persona a quien no le interesa el juego.

Frente a los trabajos científicos locales, de otros colegas, acostumbraba a clasificarlos en: *Originales*, los menos; *Importados pero con experiencia*, también muy pocos; y *Extranjeros copiados*, éstos valen lo que el papel y suelen ser los que dan más trabajo.

Son infinitos los cuentos, algunos de auténtica originalidad, que le oímos. Pude repetir algunos de ellos cuando mi conferencia en la Asociación Médica de Soriano, en 1980.